

Marcela Suárez Escobar, *Sexualidad y norma sobre lo prohibido. La ciudad de México y las postrimerías del virreinato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1999, 289 p. (Cultura Universitaria 68)

“Todas las culturas definen su concepción del sufrimiento”, escribe Marcela Suárez en el primer capítulo de su libro, capítulo que lleva el sugerente título de “¿Desviación?”, y la definen —continúa— “de acuerdo con el espectro de sus sensibilidades colectivas”. Con esto, la autora da la clave para entrar, seguir y disfrutar su muy lúcido estudio sobre lo que en una época determinada —las postrimerías del virreinato—, en un lugar preciso —la ciudad de México—, fue considerado como transgresión a la norma, como desviación de la conducta sexual aceptable y, por consiguiente, como atentado a la moral y al derecho, que debía ser castigado.

Eterna discusión que en nuestros días sigue vigente, aunque por supuesto no como en los tiempos y en las formas que analiza Marcela Suárez. Sin embargo, el tratamiento que vemos cotidianamente con las niñas ultrajadas y violadas, con los homosexuales, con quienes trabajan con el sexo, y con tantos individuos y colectividades que hoy en día siguen siendo considerados como transgresores, hace temer que la situación no ha cambiado tanto.

Desde el principio del libro se anuncia una delicada y precisa trama conceptual, la cual va tejiéndose con cuidado a lo largo de todo su desarrollo, y que hábilmente se aplica para reconstruir la realidad social de los actores cuyos dramas se examinan. El lector se enfrenta con acciones y situaciones terribles, a pesar de lo cual la narración es muy amena, y en muchas ocasiones también divertida. Pero sobre todo, el libro ofrece una lectura del pasado que hace una severa advertencia para el presente.

La autora realiza una muy clara discusión sobre la naturaleza social del concepto de “desviante” y de “comportamiento desviado”: “El concepto de desviante puede sugerir, peligrosamente, la convic-

ción en la existencia de valores aceptados en forma unánime por la sociedad sin considerar grupos y tiempos; puede insinuar culpabilidad y una concepción ahistórica y abstracta de la sociedad". (p. 23)

Esto se liga directamente con el problema de la identidad personal y colectiva. Pues la sola idea de desviante insinúa que ante lo normal, ante la norma, el desviante lo es por su naturaleza, por su esencia, o como dice Marcela Suárez, por "una cualidad ontológica eterna e inmutable". Aquí aparece otra de las virtudes del libro, se opone a esta concepción de desviante y sus implicaciones esencialistas de la identidad personal, y por el contrario, presupone una concepción de la naturaleza humana, según la cual la identidad de los individuos no está dada por una esencia absoluta e inmutable, sino que es el resultado de cómo la sociedad moldea la arcilla de la que están hechas las personas. Éstas se contruyen literalmente a partir de esa arcilla, por medio de los complejos entramados sociales de creencias, de conceptos, de normas, de valores, de leyes, de juicios y de condenas.

Sólo podemos hablar de desviantes en relación con una norma con respecto a la cual se desvían. Pero, ¿quién, dónde, ante quién, en nombre de qué, y cómo se impone la norma? Marcela Suárez adelanta desde las primeras páginas la respuesta general: "La criminalidad" —dice— es "una categoría atribuible a algunos individuos por parte de quienes tienen el poder de crear y aplicar la ley penal a través de mecanismos selectivos en los que tienen injerencia la estratificación y el antagonismo entre los grupos sociales". (p. 25) Después, a lo largo de todo el libro, la autora analiza con cuidado y rigor una multiplicidad de situaciones, para dar la respuesta específica a estas preguntas en momentos y lugares precisos.

El libro tiene otro rasgo que hace deliciosa su lectura. Conforme el texto se va desarrollando, asistimos al juego recíproco entre la conceptualización y la realidad. Entre el entramado conceptual sin el cual seríamos ciegos y no podríamos ver el mundo, y la realidad sin la cual nuestro entramado sería vacío y nos dejaría, simplemente, sin mundo.

La rica malla conceptual con que se inicia el libro, nos abre los ojos ante el mundo, pero al final de la lectura nos quedamos convencidos de que ese mundo sólo fue posible en virtud de cada uno de los entramados, de redes conceptuales y redes sociales que la autora va desmenuzando, y que permitieron la construcción de cada uno de los mundos que el libro nos va desvelando.

Somos testigos así del juego entre la filosofía y la historia. La filosofía nos permite ver al mundo, ella constituye el órgano sin el cual no lo veríamos. La historia nos entrega los mundos que de hecho se han construido, ante los cuales la filosofía se ve a sí misma. A veces con sentido, y se reafirma, o se refleja transparente como fantasma, y se da cuenta que es hora de mudarse.

Es en efecto la historia, la historia como la reconstruye una historiadora como Marcela Suárez, la que puede reafirmar, o hacer tambalear, a ciertas concepciones filosóficas. Para quienes desde hace tiempo estamos convencidos, y hemos venido defendiendo la idea de que no hay ninguna esencia humana, la idea de que somos una muy curiosa especie, que llegó a un estadio evolutivo en el que necesariamente ha tenido que continuar su desarrollo por medio de formas socioculturales, y que todas las culturas son dignas de respeto, aunque no pensemos que todas son igualmente valiosas, para quienes estamos convencidos de ello, insisto, es refrescante encontrar una reafirmación en estudios históricos como éste de Marcela Suárez pues su estudio anuncia desde el principio: “la moral es histórica y los discursos sobre la sexualidad también”, y lo propio muestra todo el libro sobre las conductas sexuales, reivindicando así la idea de que aun las necesidades más básicas de los seres humanos, como la pulsión sexual, tienen que darse necesariamente por medio de formas socioculturales.

La perspectiva que toma la autora, proponiéndose —y logrando plenamente—, no escribir desde hoy, aunque sí para hoy, la obligan a emprender una difícil, pero muy bien realizada, tarea hermenéutica de interpretación y de reconstrucción de los discursos, de los entramados ideológicos y de las redes de acciones sociales e instituciones que en la época que analiza ejemplificaron esas formas de materialización no sólo de discursos, no sólo de actitudes, sino de prácticas de la sexualidad. Es esta perspectiva metodológica justamente la que da fuerza al estudio histórico como piedra de toque para reafirmar las tesis de la historicidad de la sexualidad, y con ello de las dimensiones constitutivas de las personas.

Por esto, precisamente, como concluye el libro, “hay que temer las prohibiciones eternas”. Hay que empezar por sospechar, y temer, de cualquier pretensión de eternidad y de absolutismo. Esto es quizá el primer paso para la recuperación de la conciencia crítica y del pensamiento crítico que hoy son indispensables para en-

frentarnos al apabullante discurso sobre lo inexorable, sobre lo invencible; por ejemplo, sobre el mercado amo y señor de nuestro mundo globalizado de hoy en día.

Entender a la sexualidad es, pues, imposible. Esa es una empresa fallida, según muestran las hipótesis bien corroboradas de Marcela Suárez. Lo que tenemos que entender son las diversas formas mentales, sociales y culturales de la sexualidad humana. La Sexualidad Humana no existe, como no existe la Esencia Humana. Lo que hay son formas socioculturales de la sexualidad humana, lo mismo que identidades forjadas en contextos históricos y sociales específicos.

Marcela Suárez afirma con toda razón que “el carácter mental que la sexualidad posee la convierte en una gran potencia creadora y destructora de la humanidad”. (p. 273) La mirada histórica y crítica de la autora nos convence de que la sexualidad siempre se realiza y se manifiesta, o se reprime, mediante formas socioculturales que, por consiguiente, los seres humanos podemos cambiar.

En los tiempos y espacios que analiza Suárez, como queda demostrado en todo el estudio, existió “la marginación para el homosexual, el estigma para la prostituta, el morboso secreto para el adulterio y el consenso para la monogamia heterosexual”. (p. 273) Hoy en día ocurren fenómenos muy parecidos, si no idénticos, aunque quizá las formas, sobre todo de los castigos, no sean exactamente los mismos que entonces, no exactamente.

De entre las muchas virtudes de este estudio histórico —de las cuales he aludido tan sólo a unas cuantas—, quizá la más valiosa sea su servicio al proyecto liberador que la mejor tradición socrática occidental ha buscado por lo menos en los últimos 2 500 años. En efecto, el análisis histórico de Marcela Suárez va de la mano de un auténtico pensamiento crítico al servicio del viejo proyecto humano de emancipación; emancipación con respecto a la naturaleza, emancipación con respecto a las relaciones sociales de dominación y de sus formas de control, incluyendo las más duras y profundas, las que calan más hondo, como la culpa. “La culpa —dice Marcela Suárez— se encuentra interiorizada, aun en mentes críticas ... “. (p. 273)

Con toda justicia y merecimiento, Marcela Suárez concluye, en el doble sentido de conclusión lógica y de punto final de su trabajo —que no es sino apenas el anuncio de otros por venir—, que así como la sexualidad “puede convertirse en pulsión de muerte y agen-

te devastador, una sexualidad sin culpa puede mejorar la calidad de vida del hombre". (p. 273)

La autora realiza un ejercicio histórico con maestría, con dominio del oficio, y ha sabido tomar de la filosofía —valga la redundancia— la sabiduría que se necesita para aliviarnos de nuestra ceguera, ofreciéndonos el lente apropiado para ver en el pasado el camino por donde podemos y debemos caminar en el futuro. Por ese alivio, por esa posibilidad de ver, por esa esperanza emancipatoria, Marcela Suárez merece la gratitud del lector.

León OLIVÉ

---

*Testimonio acerca de la causa formada en la colonia del Nuevo Santander al coronel don José de Escandón*, estudio preliminar, transcripción y notas de Patricia Osante, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma de Tamaulipas-Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, 2000, 192 + XLVI p.

Si hay un tema olvidado en la historiografía relativa a la colonia, éste es el de la política, entendida como la correlación de las fuerzas sociales que luchan por aquellas posiciones que permiten llevar a cabo determinados proyectos a unos o a otros grupos, por lo que, con ese objetivo, se alían o asocian de acuerdo con sus intereses y concepciones. Aunque los historiadores han abordado temas políticos relativos a virreyes o visitadores, a visiones generales cuyo punto de partida surge desde las distintas casas reinantes del imperio español, ya de los Austrias, ya de los Borbones, hay muy pocos estudios que aborden los aspectos políticos a partir de la formación de los grupos sociales coloniales que desarrollan sus acciones dentro de las estructuras jurídicas y administrativas que dicha sociedad tenía como marco institucional para dirimir las diferentes pugnas entre ellos. Por ello mismo, me parece muy acertada la publicación del libro que aquí se comenta.

Este texto tiene la virtud de estar armado a partir de la amplia documentación producto de un procedimiento judicial contra un alto funcionario colonial, en este caso se usa el juicio de residencia contra el coronel Escandón. En estricto sentido, se trata de la publicación de una fuente de información, con un minucioso y bien